

Al querer nuestros adversarios establecer esa imaginaria distinción entre cuestiones dogmáticas y morales, y cuestiones puramente históricas, etc., para reconocer sólo en aquellas la autoridad del consentimiento unánime, pretenden fundarse en las mismas palabras de los concilios Tridentino y Vaticano, que dicen: *In rebus fidei et morum*, etc. Pero siendo como es de fe, según dejamos probado, todo lo que está contenido *verdaderamente*, en el sentido literal de la Escritura, cuando los Padres convienen en declarar que tal sentido es el verdadero, y en proponerlo como la legítima expresión de la palabra inspirada, claro está que convienen en una cosa de fe. Si convinieran, no en declararlo categóricamente como verdadero, sino en defenderlo sólo como más probable ó verosímil, no tratarían ya de enseñarnos la fe de la Iglesia, sino solamente de indicarnos sus propias opiniones privadas. Ese consentimiento no sería pues en *cosas de fe*, ni por lo tanto interpretación obligatoria, según las palabras de los dos mencionados Concilios.

«Tametsi cancordarent inter se (Padres), escribe Pallavicini, de aliqua Scripturae interpretatione, sed opinantium modo, jam exemplo suo docerent etiam, alios opinari adeoque pariter dubitare.»

Pero el consentimiento será obligatorio, según la enseñanza de los Concilios, «Si Patres, como explicá muy bien el Cardenal Franze-

lin, unanimes, constanter et asseveranter, atque ita consentiunt, ut vel diserte, vel modo tractandi prodant eas haberi tamquam veritatis fidei in praedicatione apostolica, et in intellectu catholico comprehensas.»

Pues bien, es del todo incontrastable que la interpretación relativa á la universalidad del diluvio en cuanto á los hombres, guarda estas condiciones, y es por lo tanto obligatoria.

Pero si las referidas palabras de los dos Concilios pudieran aún dejar alguna duda, ésta se desvanecería por completo en presencia de las otras que hemos citado antes, del Vaticano (*Cons. DEI FILIUS*, c. III) y de la fórmula de fe de Pío IV. En ambos lugares sólo se exige, para que una cosa deba ser aceptada y creída como de fe católica, que se halle contenida en la palabra de Dios, y que la Iglesia la proponga como revelada, aunque sea con su *magisterio ordinario*, es decir, con la interpretación unánime de los Padres y Doctores.

Cuanto venimos diciendo se verá confirmado con lo que añade el cardenal Franzelín (1): «Quando quaeritur, quae sit omnium consentientium Patrum auctoritas in re theologica, non simpliciter et primo loco distinctio velut *á priori* repetenda est ex *præsumpto* discrimine inter res quae ad fidem pertineant, et quae non pertineant; sed multo tutius distin-

(1) *De divina Tradit. et Scriptura*, sect. II, c. I, thes. XIII

guitur inter modos diversos, quibus doctrina a Patribus proponitur. Si consentiant ita ut manifeste habeant doctrinam tamquam pertinentem ad communem Ecclesiae fidem, consensus ipse traditionem divinam demonstrat, at contra talem unanimem doctrinam sentire omnino nefas, et per se quidem *haereticum sit*. Si consensus existat in doctrinam vel doctrinae explicationem tamquam religiosam et veram, quin tamen satis appareat, utrum eam proponant tamquam doctrinam fidei, vel si consensus non sit adeo manifestus; contra hujusmodi communem doctrinam repugnare erroris vel temeritatis nota plerumque non carebit. Immo licet non negem, posse plerumque ex ipsa rei indole discerni, utrum quaestio mere philosophica aut theologica sit, hoc tamen ipsum saepe tutius colliges ex ipso modo docendi Patrum. Neque enim res, quae tantummodo philosophicae sunt, reperies a SS. Patribus communi aliquo consensu tractatas et assertas tamquam ad religionem pietatem que christianam pertinentes.» (1).

La universalidad etnográfica del diluvio es pues materia de fe y materia muy relacionada con las costumbres; es, por consiguiente, una verdad no sólo de *fe divina*, ó teológica, sino también de *fe católica*.

(1) Véase al mismo Franzelin, *Contra restrictionem inspirationis librorum sacrorum*, en la 2.^a edic. de la *Obra cit.* (1875) p. 721-740.

¡Y sin embargo la niegan muchos católicos tan sinceros como sabios! Y la niegan con tal habilidad, que han sorprendido á muchísimos, y los han hecho abrazar un partido tan peligroso. Por nuestra parte confesamos que al leer por primera vez el libro del abate Motais, viendo los piadosos deseos del autor, la gran convicción con que habla en nombre de la ciencia y los numerosos datos que aduce, quedamos algún tanto perplejos y desconcertados. Pero una fuerza misteriosa nos detenía; no podíamos seguir una opinión á todas luces temeraria. Preferimos estudiar á fondo esa cuestión tan capital, y ahora vemos claramente que el sabio Sr. Motais se ha equivocado muchísimo. Los datos que aduce, ó son falsos ó muy poco seguros, y que nada prueban en contra de la universalidad del diluvio. Y al hablar en nombre de la ciencia, la pone en tortura y la hace decir todo lo contrario de lo que ella enseña de la manera más clara.

Hemos hecho ver detenidamente lo que las ciencias naturales y prehistóricas nos dicen de positivo y cierto, con respecto al gran cataclismo, y hemos comprobado como todas ellas confirmaban palmariamente su universalidad, no ya etnográfica, sino también, de alguna manera, geográfica. No debemos hacer ahora repeticiones prolijas, nos contentamos con recordar brevemente lo que dejamos expuesto muy á la larga.

La Geología nos muestra que entre la edad del *E. primigenius* y la del *reno* acaeció una prodigiosa inundación, debida probabilísimamente á la aparición del sistema de cordilleras de los Andes, y que invadió *todos los países del globo*, alcanzando alturas muy variadas, si bien siempre considerables. En Europa se observan los efectos de ese gran diluvio universal, hasta 1500 metros sobre el nivel de los mares, y en el Asia hasta 3500. Esas alturas fueron mucho más que suficientes para que toda la humanidad quedara sepultada en las aguas. Sabemos, en efecto, que los primitivos hombres cuaternarios, es decir, los anteriores á la edad del *reno*, vivían en las llanuras, en los valles y riberas de los grandes ríos, pero no en las elevadas montañas ni aun cerca de ellas, por impedirlo el frío de los glaciares (1). Todos ellos ó casi todos quedaron pues sorprendidos en las primeras fases de una inundación tan violenta. Y como ningún país quedó preservado, no hay razón para exceptuar ninguna raza absolutamente. Decir que los mogoles y los negros quedaron exentos del cataclismo, es una afirmación no sólo gratuita, sino también manifiestamente opuesta á las enseñanzas geológicas; pues aquella inundación general

(1) V. Cartailhac, *La France Préhistorique*; Quatrefages, *Races humaines*; Lapparent, *Traité de Géologie*; Reinach, *Description du Musée de S.-Germain*.

estuvo tan lejos de respetar á la China, como pretenden los partidarios de la no universalidad, que antes bien lanzó sobre ella, con un extraordinario furor, sus inmensas oleadas. Allí fué donde el diluvio se manifestó más imponente; allí donde se elevó á una altura de más de 3500 metros, es decir, incomparablemente superior á las que al parecer alcanzó en todos los otros países del globo; allí, por fin, donde sus efectos se nos manifiestan hoy mismo en una escala portentosa, donde las extensas capas de aquel loes homogéneo alcanzan 400 metros de espesor, mientras en las demás regiones raras veces llegan á alcanzar 40. La Geología nos muestra pues á la China como el principal teatro de la divina venganza, y sin embargo, se la pretende reconocer como un lugar de refugio ¡y eso en nombre de las ciencias!...

Hallando como hallamos los depósitos formados por el diluvio en todas partes á alturas muy superiores á las en que vivían los hombres de la edad del *E. primigenius*, tenemos derecho á reconocer, en nombre de la Geología, que todos ellos quedaron anegados por las aguas, y que, en la China, mucho más aún que en ninguna otra parte, fué de todo punto imposible que se salvara ninguno absolutamente. Eso es lo que nos dice la ciencia; pero como el Sr. Motais asienta como un dato seguro que los depósitos llamados diluviales no se hallan nunca á una altura superior

á 400 metros!... (1) puede de ahí deducir cualquier cosa, excepto la verdad.

Pues bien, la Prehistoria, á pesar de hallarse aún tan poco adelantada, en cuanto puede decir de positivo y cierto, habla el mismo lenguaje que la Geología, y no era posible que se expresara de otra manera, porque nunca las verdades demostradas por dos ciencias distintas pueden ser contradictorias.

Hemos visto que en Europa, que como país más estudiado y mejor conocido, es el único acerca del cual puede la Prehistoria hablar con alguna seguridad, coincide exactamente con el diluvio una perfecta interrupción y una radical sustitución de las industrias humanas. Este hecho es inexplicable sin admitir otra idéntica interrupción y sustitución en las razas. Y en efecto, la Antropología nos ha venido á demostrar de la manera más palmaria, que la única raza anterior á la edad del reno, es la de Canstadt, la cual quedó de repente extinguida por completo, sin que en adelante volviera á aparecer ni aun siquiera el menor resto de su tosca industria. La primera raza que se presenta en la edad del reno es la de Cro-Magnón, muy superior, y muchísimo más ilustrada; y esta y todas las demás que le fueron sucediendo, perseveran numerosas hasta nuestros mismos días. ¿Podrá darse una prueba más elocuente de la

(1) V. *Le Déluge Biblique*, p. 229.

universalidad etnográfica con respecto á Europa?

Ahora bien, por lo que hace á los demás países, la Prehistoria aún no puede decir nada de una manera definitiva; pero estamos autorizados á suponer que en ellos sucedió una cosa análoga, pues las mismas causas producen los mismos efectos, y allí el diluvio obró, por lo menos, con igual intensidad. Mas es el caso que lo poco que ahora osa decir esa ciencia, está en perfecta armonía con la verdad que sostenemos; pues lo único que se puede deducir en limpio, es la proposición que sienta el Sr. Quatrefages, conviene á saber, que *en todos los países explorados, sus primitivos moradores cuaternarios difieren completamente de las razas que actualmente los pueblan* (1) ¿Qué testimonio más elaro se podía esperar?...

Y si ahora pasamos á la tradición y la historia, el campo es á todas luces nuestro. Es una verdad universalmente reconocida, que los pueblos que conservan más ó menos desfigurada, más ó menos fiel y perfecta la memoria del diluvio bíblico, todos, sin excepción, provienen de las ocho personas salvadas en el arca.

Pues bien, hemos demostrado que no hay un solo pueblo, ni un solo rincón de la tierra, donde no se conserve viva la memoria del

(1) V. *Races humaines*, p. 157 y siguientes.

gran acontecimiento: luego todos los hombres actuales provienen de Noé, como nos lo enseña la Biblia y la tradición de todas las gentes. Se nos quiere exceptuar á los Chinos; y ¿por qué? Porque se dice que descienden de Caín, que pertenecen á la más perversa de todas las razas humanas. Sin embargo, la tradición unánime de todos los pueblos y muy especialmenté la de los mismos Chinos, protesta á grandes voces contra tan infundada excepción. Todos afirman unánimemente que la Divinidad irritada con la irremediable malicia de los hombres, se resolvió á acabar con ellos, mediante el gran cataclismo; que había una raza, en extremo perversa, que inficionó con su veneno á toda la humanidad; que toda la tierra quedó contaminada, y que algunos justos que se habían conservado limpios, en medio de la corrupción general, fueron los únicos salvados, y de una manera providencial, en medio del universal exterminio.

Las pretensiones de exceptuar precisamenté á la raza de Caín, son, no ya arbitrarias, sino también faltas de todo buen sentido, y sobre manera ridículas. Sabiendo, como sabemos por la Biblia y por todas las tradiciones, que la verdadera causa moral del diluvio fué la extremada malicia humana; y constándonos que la proscrita y degenerada descendencia del primer fratricida fué la que pervirtió á la humanidad entera, ¿se concibe que los más culpables y más aborrecidos del

Cielo, fueran los únicos exceptuados del castigo? Siendo ellos la causa principal de la gran carástrofe, ¿no debían ser también los primeros en experimentar sus efectos? Queriendo el Señor purificar toda la tierra y borrar de ella todo rastro de maldad, ¿iría á conservar el principal foco de corrupción, exceptuando del exterminio á los hombres más perversos? La Escritura y las tradiciones nos dicen que el diluvio acabó con los impíos, y eso es la pura verdad y lo que dicta la sana razón.

Pero decíamos que la misma tradición de la China protestaba, de una manera especial, contra esa tan pretendida cuanto infundada excepción; y en efecto, aquel país es uno de aquellos en que la memoria del diluvio se ha conservado de una manera más viva. Los Chinos no sólo reconocen que entonces quedaron exterminados todos los impíos, sino que atribuyén expresamente á uno de los hijos de Noé, ó á este mismo, la fundación de su Imperio, que por otra parte remonta casi á unos 3000 años antes de nuestra era, es decir, á la misma época en que acaeció el gran cataclismo. Y es muy digna de notar además la opinión de respetables autores, que sostienen que el mismo Patriarca Noé acabó sus días en la China, y que en eso se funda el tradicional respeto que allí se tiene á los ancianos (1).

(1) Gaiet. *La Bible sans la Bible*, t. I, p. 177.

Que en aquel país hubieran vivido la mayoría de los descendientes de Caín, eso es bastante probable, pues sabemos que habitaron *ad orientalem plagam Eden*; pero que se haya salvado allí alguno, eso sí que es, á todas luces, muy falso, pues la misma Geología nos ha demostrado que la Chiná es la región en que el diluvio se manifestó más imponente y desolador. Velaba la Providencia porque fuera más terrible el castigo, donde más abundaba la maldad.

Tenemos pues que la Biblia, la Tradición, la Historia, la Prehistoria y la Geología proclaman á grandes voces la universalidad etnográfica. ¿Y aún habrá quien ose negarla, invocando el especioso nombre de la ciencia?

Inútil es en realidad responder ahora á los pocos ó infundados argumentos que se nos puedan presentar; pues todos ellos reposan en bases inconsistentes, en hipótesis gratuitas, en hechos, en una palabra, inseguros, cuando no falsos. Mas, con todo, no queremos dejar sin respuesta, por lo menos, aquellos que revisten cierto aparato científico.

§ V. SE RESPONDE Á LAS OBJECIONES.

PRIMER Argumento. *Antigüedad de las razas humanas.* Desde la aurora de los tiempos históricos, la raza negra, por ejemplo, aparece con todos los caracteres que le son propios en el día, y atravesó esta

larga serie de siglos sin ningún cambio apreciable. Semejante tenacidad en resistir á la acción del tiempo, supone un larguísimo período de formación, y como la época del diluvio es relativamente moderna, nos vemos forzados á reconocer que los negros pertenecen á una raza antediluviana, á la de Caín, y por eso parecen llevar los estigmas de la maldición pronunciada contra el fratricida.

Pues bien, todos esos ratiocinios parten de muy falsos supuestos. De que las razas se conserven puras por larguísimo tiempo, no se sigue que hayan necesitado otro muy largo para su formación. Mientras las condiciones de existencia permanecen las mismas, un viviente no se modifica lo más mínimo; una vez fijo, por una corta repetición de las leyes de la herencia, se conserva indefinidamente, en el mismo estado, si la acción del medio no se altera. Pero si esta cambia radicalmente, enseguida experimenta aquellas modificaciones muy profundas. Individuos de la misma raza, sometidos á influencias muy diversas, empiezan enseguida á diverger, modificándose en diferentes sentidos, hasta que las condiciones exteriores permanecen inmutables para cada uno; y entonces muy pocas generaciones bastan para dejar el tipo fijo, y sin que se vuelva ya más á modificar.

• Esto es una verdad reconocida por trasformistas y por antitrasformistas. Pero una vez establecido un tipo, no puede ya jamás tras-

formarse en otro paralelo, porque tiene en sí un factor del todo diferente, que es la herencia; lo único que puede, es irse diferenciando y ramificando; mas nunca llegará á confundirse con otra rama distinta. (1)

Ahora bien, con el diluvio se modificaron radicalmente las condiciones del globo. Los descendientes de Noé, emigrando en diferentes sentidos, se hallaron sujetos á influencias las más variadas, y, por necesidad, tuvieron ellos que acomodarse y variar. Mas una vez que permanecieron establecidos cada uno de ellos bajo la acción de un medio constante, la herencia hizo lo que es de su oficio, determinó la fijeza: y al cabo de muy pocas generaciones, los tipos permanecieron establecidos é inmutables al parecer.

Donde el medio no cambió ya sensiblemente, como sucedió en los climas cálidos, los tipos no pudieron alterarse más, y por eso muchos de los negros se conservan sin ninguna modificación sensible. Pero donde el medio cambió, como sucede en los climas templados, los hombres y los animales debieron modificarse más ó menos. Si tenemos ahora en cuenta las profundas trasformaciones que experimentaron los animales de España, los bueyes por ejemplo, al ser trasladados á

(1) Véase entre otros muchos, á Topinard, *Anthropologie*, E. VII y VIII; á Quatrefages, *Introduction à l'étude des Races humaines*, C. II y IX; Perrier, *Le Transformisme*, C. II y III.

América (1); y lo fijos que ya perseveran los tipos establecidos, nos persuadiremos firmemente de que cien años y á lo sumo doscientos, á raíz del diluvio, fueron más que suficientes para que la raza negra se formara y permaneciese fija é inmutable. Cuanto venimos diciendo, son verdades reconocidas, pudiéramos decir, por todos los naturalistas.

Pues bien, las primeras noticias que tenemos de los negros, apenas si remontan á la época de Abraham; y el llamamiento de este Patriarca es posterior al diluvio, no ya en doscientos años, sino en unos 1.200 según la versión de los Setenta. En tiempo de Abraham podían perfectamente estar ya formadas todas las razas sin excepción.— Pero es el caso que tenemos datos positivos para decir

(1) V. Quatrefages, *loc. cit.* Merece de una manera especial consignarse el siguiente pasaje de la pag. 136: « Si el medio obra de una manera general y relativamente uniforme en una región dada, las razas que se forman sólo bajo su influencia, se constituyen á veces casi al mismo tiempo en vastos espacios: Así acaeció en el siglo pasado, según refiere Azara, con los bueyes sin cuernos, que aparecieron espontáneamente en la América del Sur, é invadieron en pocos años provincias enteras, por más que se procuraba destruirlos, porque se prestaban menos que los cornudos para las maniobras de la labor. El blanco europeo ha presentado en los Estados-Unidos el mismo fenómeno. « Hemos visto, dice Andrew Murray, formarse á nuestra vista una raza de hombres, tan bien caracterizada, como cualquier otra raza. El cambio se efectuó en toda la extensión de los Estados-Unidos, sin que se hubieran observado hombres de transición; y, lo que es aun más extraordinario, se obró al mismo tiempo en toda la región, donde se le encuentra.»

que todas ellas se han formado después de empezada la edad del reno, y por consiguiente después del diluvio. «En el largo y múltiple viaje que la especie humana ha realizado, dice muy bien á este propósito el Sr. Quatrefages (1), atravesó dos épocas geológicas, experimentó la acción de medios los más opuestos. No podía conservar sus rasgos de origen; porque en la lucha que necesita la aclimatación, el ser organizado, planta animal ú hombre, es el que se ve precisado á modificarse, para ponerse en armonía con las condiciones de existencia impuestas por la naturaleza. Esta lucha comenzó y ha tenido sus consecuencias desde las primeras emigraciones. Tenemos la prueba de ello en las diferencias que distinguen á las razas de hombres, cuyos restos hemos hallado en nuestras grutas y en nuestros aluviones.

«Estos descubrimientos parecen por otra parte conducir á una conclusión de una importancia real para la historia de nuestra especie. A juzgar por los hechos recogidos hasta el día, *ninguna raza fósil, ya sea del antiguo, ya del nuevo continente, presenta las particularidades que se observan hoy en los cráneos de Blancos, de Amarillos ó de Negros, más francamente caracterizados.* Ninguna de ellas puede confundirse con el Papúa ó el negro de Guinea, el verdadero Mogol ó

(1) *Races humaines*, p. 157 y siguientes.

el Kalmuk, el Árabe ó el Indio. Es inútil insistir sobre este punto, cuando se trata de las razas de Neanderthal ó de Cro-Magnón (1). Pero es bueno recordar que las mismas razas de Grenelle y de Furfooz, á pesar de relacionarse, bajo ciertos puntos de vista, con algunos tipos modernos, quedan separadas de ellos por caracteres suficientemente acusados para permitir se distinga á sus descendientes en medio de las poblaciones actuales. Verdad es que no conocemos aún los hombres cuaternarios del Asia, ni tampoco los del África. Mas si las investigaciones hechas en estos dos continentes conducen más tarde al mismo resultado, *quedará demostrado que nuestros tres tipos fundamentales son relativamente modernos*; y que por lo menos aquellos de sus tipos secundarios que han acentuado más fuertemente sus caracteres, *datan solamente de la época geológica actual.* Desde el presente nos es permitido ver, en el conjunto de los hechos comprobados, una presunción seria, en favor de lo que he dicho más arriba acerca de la formación de éstos tipos, del punto del globo en que debieron ser constituí-

(1) Por lo que hace á la de Neanderthal, comprendida dentro de la de Canstadt, claro está que no se relaciona nada con las razas actuales, pues ya hemos probado que se extinguió por completo con el diluvio; mas, con respecto á la de Cro-Magnón, debemos advertir que el mismo Quatrefages reconoce en otro lugar (p. 107) que tiene aun en el día numerosos representantes, lo mismo que las de Furfooz y Grenelle.

dos y de la data geológica de su aparición. Veremos más tarde que la distribución geográfica de las razas actuales y todo lo que sabemos de su pasado concuerda igualmente con estas ideas.»

Este pasaje no necesita comentarios. ¡Invóquen ahora nuestros adversarios la ciencia para celebrar la antigüedad de las razas, que la ciencia no hará más que desmentirlos (1) y

(1) Nos maravilla la habilidad con que el abate Robert, siguiendo en esto fielmente las huellas de su maestro el Sr. Motais, acierta á entender al revés las palabras de las grandes eminencias científicas. De ciertas expresiones del Sr. Quatrefages, tomadas aisladamente, deduce que inmediatamente después de la creación, fué cuando las razas recibieron sus caracteres especiales, y que al cabo de 22 siglos, el tipo de Noé y de sus hijos estaba tan fijado, que no podía recibir ya, sino modificaciones puramente accidentales. (V. *Encore La Non-Universalité du déluge*, p. 23 y 24).

Sin embargo, la opinión del célebre antropólogo no puede ser más opuesta y terminante, como se ve claro por los pasajes transcritos y por los que seguiremos citando.

Con tales interpretaciones, violentando las enseñanzas científicas, desfigurando por completo los hechos y entendiéndolos casi siempre al revés de lo que son, es como pueden los no-universalistas invocar á cada paso la ciencia, á pesar de que la ciencia siempre los está desmintiendo y condenando. Seríamos interminables, si fuéramos á hacer una lista de los datos completamente desfigurados, que aducen; citaremos sólo algunos: Dicen que el *diluvium* no se eleva sobre 400 metros, y se eleva hasta 3500! que hay perfecta continuidad en las faunas y floras, y éstas cambiaron tan notablemente y perdieron numerosos tipos; que la mar no pudo invadir la tierra, y hallamos conchas árticas á 800 metros de altura en la cuenca mediterránea; que según Quatrefages (*Races humaines*, p. 169), la separación de los tipos humanos (actuales) se verificó inmedia-

hacernos ver á las clases que todas ellas se han formado en la época geológica actual. Debemos ahora llamar la atención sobre uno de los lugares á que el sabio antropólogo se

tamente después de la creación (Robert, *La Non-Universalité du déluge*, p. 75); y lo que dice allí el sabio antropólogo es, que al pasar de una época geológica á otra (y por lo tanto, de la época glacial á la moderna) el hombre no podía menos de modificarse y, por consiguiente, que *las más antiguas razas humanas se formaron á consecuencia de los cambios que experimentó nuestro globo*; y lo que había dicho más claramente aún, en la página 160, es que por lo menos los tipos fundamentales son relativamente modernos y datan de la época geológica actual. Aparte de esto tenía ya dicho en la pag. 137, que se formaron después del periodo glacial, y en la p. 153, que difieren completamente de todas las razas fósiles.

Lo que hacen con este sabio lo hacen también con otros muchos; si algo citan fielmente, son ciertas hipótesis aventuradas, desprovistas de todo fundamento sólido. Pueden verse algunas en la obra citada del Sr. Robert (§. VI *Le Déluge, et l'Ethnologie*) donde no se desdeña de invocar los mismos argumentos con que los poligenistas, Topinard, Hovelacque, Hervé, etcétera, defienden su trascendental herejía. Si esos argumentos son legítimos y prueban algo, vea el Sr. Robert cuáles son las consecuencias lógicas, que deducen sus mismos autores.

Sentimos profundamente vernos precisados á hablar con dureza de nuestros eminentes y nobles adversarios, cuya buena fe y profunda ciencia, somos los primeros en reconocer. Pero se han equivocado, á pesar de eso, lastimosamente, sobre todo al invocar datos científicos; y lo peor es que con tales equivocaciones, seguramente involuntarias, han inducido á muchos al error. El mismo Sr. Robert lo confiesa. Por eso debemos poner los errores de relieve, y no es fácil atacar al error, sin que los autores queden más ó menos heridos. Nos dolemos de esto último, sobre todo con respecto al venerable abate Motais, que ya no puede defenderse; pero, *amicus Plato, sed magis amica veritas*.

refiere, por ser, bajo todos conceptos, notabilísimo, y porque acaba de confirmar las ideas que venimos exponiendo nosotros. Como él se preocupa desgraciadamente muy poco de los testimonios de la Biblia, no tiene en cuenta para nada lo que esta nos dice acerca de la segunda unidad de origen de la especie humana; y sin embargo, forzado por la evidencia de los hechos, se ve precisado á admitir casi el mismo resultado. Reconoce que los tipos actuales se han formado *después de la época glacial*, es decir, después de empezada la edad del reno; y que todos se formaron en una misma región; *en el centro del Asia*. Pero como antes de este tiempo había ya diferentes razas que se habían extendido por toda la tierra, no se pueden conciliar estos hechos, sino repitiendo con el Génesis, que, al finalizar la época glacial, todas ellas se extinguieron, á excepción de una, que se salvó en las montañas del Asia, y de la cual provienen todos los hombres que ahora pueblan el globo. Mas Qurtrefages, por una aberración muy propia de los genios, que no se dejan guiar por la luz de la revelación, no explica las cosas así, sino que dice, que las tribus cuaternarias se fueron á reunir en el Asia central, y que de su fusión resultan las razas actuales. Vamos á consignar sus palabras, porque, en medio de tan increíble aberración, son el más brillante testimonio de la universalidad etnográfica del Diluvio.

«Marchando sobre todo hacia el sol, escribe (1), encontraron aquellas tribus la masa montañosa central y sus dependencias. Se detuvieron por largo tiempo en aquellos parajes; y *vieron allí la aurora de los tiempos que sucedieron á la época glacial*; y allí se mezclaron y yuxtapusieron á aquellas de sus hermanas que les habían precedido. En el corazón y en el contorno de la gran masa de montañas, las condiciones de existencia estaban lejos de ser las mismas. El medio hizo su obra; y esta región llegó á ser de esta manera, no el *centro de aparición de la especie*, sino el *centro de formación*, ó de *caracterización de los tipos étnicos fundamentales de la época actual*.»

Tenemos pues, en limpio, que las razas actuales se formaron en las montañas del Asia y después de empezada la edad del reno; es decir, posteriormente al diluvio: eso nos basta para saber que se extinguieron las razas antiguas.

Al tratar más adelante de la antigüedad relativa de los tres tipos fundamentales, nos conduce el célebre antropólogo, fundándose en los caracteres físicos y lingüísticos, á resultados idénticos, teniendo presente lo que dejaba expuesto acerca del origen geográfico de la especie humana. «Muchos antropólogos, escribe (2), han afirmado que el Negro prece-

(1) *Races humaines*, p. 137.

(2) *Obra citada*, p. 160 y 161.

dió al Amarillo, lo mismo que al Blanco. Pero esta manera de ver se funda, casi únicamente, en preocupaciones, aceptadas con demasiada frecuencia con respecto á las razas negras, y de ningún modo en el examen de los hechos.—Recordemos en primer lugar que, entre las razas verdaderamente negras por las facciones y por la cabellera, hay una, de la cual los Boschimanos son los representantes más puros, y cuyo color es amarillo y no negro. Recordemos también que se han señalado con frecuencia, en medio de poblaciones que tienen todos los rasgos y el color del Negro propiamente dicho, individuos que por el tinte de la piel, se apartan á veces de una manera muy notable del tipo, á que permanecían ligados por todos los otros caracteres. Estos últimos hechos no pueden atribuirse más que á la acción del atavismo, y se han producido en condiciones tales, que no se puede apenas creer en un cruzamiento más ó menos reciente.—En las razas blancas ó amarillas no se ha observado nada del mismo género; no se ha señalado ningún hecho que autorizase á colocar Negros en su árbol genealógico. De solo esto se puede concluir que el tipo negro no es el más antiguo, y que le han precedido razas de un tinte más claro... Los estudios modernos tienden cada vez más á hacer que se mire á la raza blanca aria como la última formada... La cuestión de anterioridad se establece pues entre los Amarillos, por una parte, y los

Blancos Semíticos junto con los Alófilos, por la otra. Lo que he dicho más arriba, acerca del color, conduce á concluir en favor de los primeros...—La lingüística viene en apoyo de las conclusiones precedentes, y quizá permita precisar más. El grado de evolución general alcanzado por un conjunto de lenguas es, probabísimamente, una de las señales que permiten hacer conjeturas las más plausibles, con respecto á la edad de las razas humanas (1). Pues bien, las lenguas monosilábicas, es

(1) Esto no es del todo exacto. Es cierto que á las lenguas flexionales precedieron, algunas aglutinantes, y á estas, otras monosilábicas; pero no podemos decir que *todas* las flexionales sean cronológicamente posteriores á *todas* las que permanecen aun en los dos primeros grados de evolución. Mientras dentro de una misma rama filológica, las lenguas pudieron irse desarrollando hasta adquirir la forma última y más perfecta; en otra rama, pudieron quedar, y quedaron realmente, en el primer grado, y pasaron al segundo, cuando ya había muchísimas otras gozando de la acabada forma de flexión. No hay duda que en nuestros mismos días, puedan aparecer nuevos idiomas, no sólo aglutinantes, sino también monosilábicos. Los grados de evolución en las lenguas no pueden indicar más que una anterioridad ó posterioridad, puramente relativas.

Menos podrán indicarnos nada de absoluto con respecto á la antigüedad de las razas. Puede una de estas hallarse ya firmemente establecida é inmutable, y sin embargo, ir modificando su idioma, haciéndolo pasar por los tres grados de evolución. Quizá las razas más antiguas sean precisamente las que han logrado que sus lenguas llegaran á adquirir la más perfecta forma. Al menos tuvieron tiempo y facilidad para hacerlo, cosa de que no pudieron disponer las razas nuevas.

Lo único á que nos puede conducir la filología es, á reconocer que dos ó más pueblos, cuyas lenguas, hallándose en distin-

decir, aquellas que representan la más elemental de las formas del lenguaje, no son habladas sino por poblaciones de raza amarilla. Muchos Amarillos, todos los Negros y los Blancos alófilos emplean lenguas aglutinantes, que pertenecen al segundo grado de evolución lingüística. Los Arias y los Semitas son los únicos que han alcanzado la más perfeccionada de las formas que el hombre imaginó para manifestar sus pensamientos. Ellos solos hablan verdaderas lenguas de flexión, y por consiguiente deben ser caracterizados como los últimos.»

Uniendo estos hechos con los que anteriormente dejaba expuestos, deduce el Autor que la raza negra es de formación relativamente moderna, puesto que su lenguaje está en el segundo grado de evolución, y puesto que la amarilla, que parece ser anterior á ella, data de la época geológica actual.

«El estudio de las poblaciones actuales y de sus lenguas, decía antes el mismo sabio (1), nos conduciría á colocar la cuna de la especie huma en el Asia, no lejos de la gran masa montañosa central... Los tres tipos físicos fundamentales humanos, el Blanco, el Amarillo y el Negro, están representados allí, al

to grado de evolución, están relacionadas con una misma primitiva, tienen un origen común, y se separaron cuando todos hablaban aún aquella lengua original.

(1) *Obra citada*. p. 182 y siguientes.

rededor del gran núcleo de montañas, por poblaciones ya puras ya mestizas en muy diferentes grados... Los tres tipos lingüísticos, así como una porción de lenguas derivadas que los relacionan unos con otros, están representados en la misma región... Ninguna otra parte del mundo presenta nada parecido á esto... A no tener cuenta más que del presente, podría uno ser llevado á pensar que nuestra especie se ha mostrado primero en esa región; que se multiplicó allí, y que allí permaneció bastante tiempo, para que pudieran originarse los tipos fundamentales físicos y lingüísticos; y que sólo de allí partieron las diferentes colonias que han poblado el globo. Pero colocando nuestra primera cuna en el Asia central, quedan sin explicación muchísimos hechos revelados por los estudios prehistóricos.» Así pues, se ve forzado á establecer que aquella región no es la *primera cuna*, es decir, *el centro de aparición*, sino la *segunda*, esto es, *el centro de formación de las razas actuales*, y por lo mismo, *de sus lenguas*. (1)

(1) Sin embargo el intrépido abate Robert se empeña en deducir de la opinión de Quatrefages, que las lenguas aglutinantes y monosilábicas pertenecen exclusivamente á la raza de su dichoso Caín, y se escandaliza de que Noé hablara un idioma monosilábico. (*La Non-Universalité du déluge*, p. 78 y siguientes). Válgame Dios, con tales entendederas! Pero la opinión de Quatrefages no puede ser más clara; las razas actuales y sus lenguas, aparecieron *después del período glacial*, y se muestran

Nos hemos detenido demasiado en exponer las reflexiones del sabio antropólogo, por la gran autoridad de que gozan, y porque nos servirán de mucho para responder á todas las objeciones: así pasamos ahora á la segunda, fundada en la filología.

2.º *Argumento.* La lingüística, se nos dice, viene á prestar su contingente, si no de pruebas, al menos de probabilidades, en favor de la no universalidad. Los idiomas de los descendientes conocidos de Sem, Cam y Jafet,

irradiando del núcleo central del Asia. De allí partió pues Noé, y tuvo que hablar una lengua primitiva.

Verdad es que ha sido opinión corriente hasta ahora, que no sólo Noé, sino también todos los patriarcas antediluvianos, habían hablado el hebreo; pero esta opinión, más piadosa que científica, no puede subsistir en presencia de los adelantos de la filología comparada. "El estudio analítico del hebreo, escribe el Sr. Vigouroux, (*Manuel biblique*, t. I, p. 584 y siguientes) establece que no es un idioma primitivo. Su vocabulario encierra palabras compuestas, y su gramática está llena de formas que han sido constituidas mediante los restos de términos antiguos, gastados por el tiempo y soldados entre sí en la noche de las edades. Los tiempos de los verbos, por ejemplo, se componen, como los nuestros, de un radical y de pronombres que modifican su sentido... Es fácil ver que el hebreo no puede ser, en su forma bíblica, aun cuando pueda serlo en el fondo, la lengua primitiva, tal como era hablada en el paraíso terrenal, porque es lengua flexional; experimentó, por consiguiente, dos metamorfosis, y no pudo llegar á su estado actual, sino después de muchos cambios, después de haber pasado del estado monosilábico al aglutinante, para fijarse en fin en el de flexión. La filología comparada da pues razón á San Gregorio de Nisa, que escribía (*Contra Eunomium*, l. XII; pars altera, tomo XLV, col. 385): «Moses multis sæculis post turris ædificationem natus, una ex posterioribus lingua usus est.»

son todos flexionales, es decir, pertenecen á la última y más perfecta forma del lenguaje; al paso que en los otros pueblos, Negros y Turanios, se hablan aún lenguas aglutinantes ó monosilábicas.

La respuesta queda ya bien prevenida de antemano. Acabamos de probar que todas las razas actuales se han formado después del período glacial, y muy cerca de las grandes montañas del centro del Asia: y, como en testimonio de ello, aparecen aun hoy irradiando de allí los tres tipos fundamentales físicos y lingüísticos. Lo que de todo ello se sigue es que Noé hablaba aún una lengua monosilábica, y que al descender del monte Ararat, se dirigió con toda su familia hacia el Oriente, hasta llegar cerca de las grandes montañas centrales. Allí se establecieron por largo tiempo y se multiplicaron bastante, y de allí empezaron luego á irradiar, en todos sentidos. Al hallarse ya algún tanto aislados unos de otros, y sujetos á la acción de medios muy distintos, comenzaron á aparecer los tipos étnicos fundamentales. (1)

(1) «Nada hay que impida creer que Noé, después del diluvio, en los 350 años que sobrevivió, tuviera otros hijos que, como Sem, Cham y Japheth, llegaran á ser padres de pueblos numerosos, por más que la Biblia no hable de ellos. Del mismo modo, hay entera libertad para suponer que Sem, Cham y Japheth tuvieron otros muchos hijos, aparte de los nombrados en el Génesis. Esta hipótesis está aún sugerida, en lo que se refiere á Sem, por la misma frase bíblica, en la que se dice de él que, durante los quinientos años que sobrevivió al na-